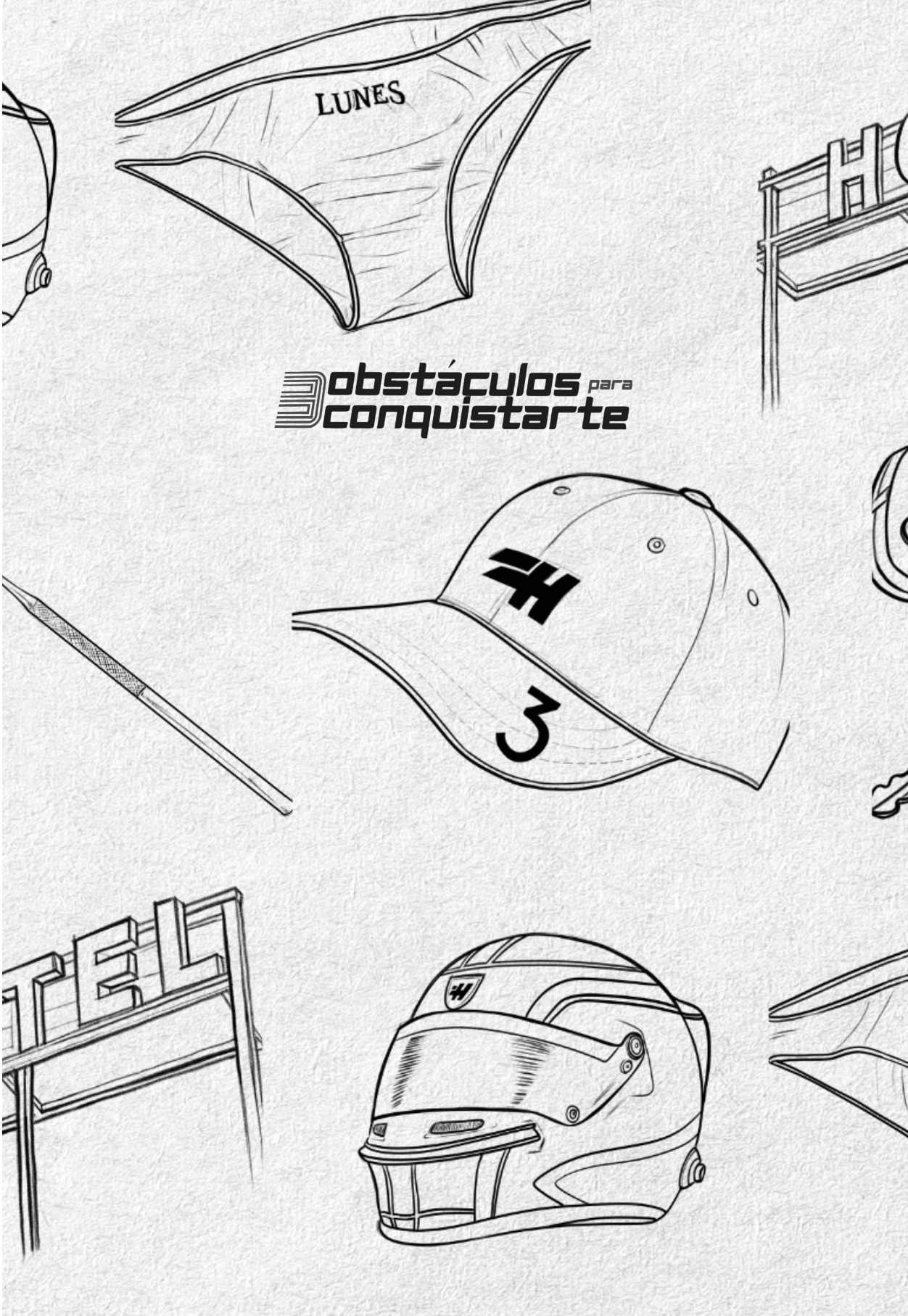
LUNES
3 obstáculos para conquistarte
3

01

DIANA

MI DÍA ESTÁ SIENDO un absoluto desastre y solo son las ocho de la mañana.

He perdido el tren que me llevaba a mi ciudad natal, Cádiz, por culpa de otro tren que me llevaba a la estación. Lo que significa que tengo que buscarme otro para poder ir. ¿El problema? No quedan asientos disponibles. En ninguno.

Ni hoy, ni mañana, ni en el resto de la semana. Estoy bien jodida.

Camino en círculos por Atocha mientras me paso las manos por la cara, intentando no llorar. Respiro hondo repetidas veces, intentando calmarme.

Pero no puedo.

¿Cómo voy a calmarme cuando las bodas de plata de mis padres están a la vuelta de la esquina y yo no tengo cómo ir?

Miro la hora en mi teléfono, las 8:13. He llegado a la estación a las 8:07, justo cuando el tren se estaba marchando. De nada me ha servido correr arrastrando la maleta por las escaleras. Bueno, sí, para hacer el ridículo.

Aunque ahora mismo me importa bastante poco lo estúpida que haya quedado. No voy a llegar en cinco horas a mi casa.

No voy a ver a mis padres esperándome en la puerta.

No voy a poder verlos hoy.

¿Cómo les digo que he perdido el tren y que posiblemente no llegue a tiempo para ayudarles a preparar la celebración?

Me siento en las algo sucias y poco amplias escaleras por las que he bajado con la lengua fuera hace apenas unos minutos y vuelvo a mirar el móvil, sin saber muy bien qué hacer.

Reviso de nuevo en mi teléfono la web y la aplicación de trenes esperando algún milagro, pero me topo con lo mismo: no hay próximos viajes con asientos disponibles. Nada hasta la semana que viene. Y estamos a lunes. ¿Qué le ha pasado a la gente con Cádiz en estas fechas?

Busco desesperada otra manera de bajar, pero la mayoría o se me van de presupuesto, como un avión que me deja en una hora y cuarto en Jerez pero que cuesta cerca de 300 euros; o son prácticamente inviables, como un autobús que hace transbordo en la mismísima Lisboa y tiene un trayecto de diecisiete horas y nueve minutos.

Pierdo tanto la noción del tiempo revisando las pocas opciones que tengo que, cuando miro la hora de nuevo, ya son casi las nueve. Decido levantarme y poner rumbo a casa, resignada, porque no hay nada más que hacer.

Esta vez pienso coger el autobús para volver a mi piso y tumbarme en mi querida cama, aunque dé más vuelta y tarde un poco más en llegar. Me niego a volver a subirme a un maldito tren. Suficiente por hoy.

Me siento en la parada sintiéndome la tía con la peor suerte del mundo y, mientras espero a que llegue, recibo un mensaje de mi mejor amigo, Fede, que me desea un buen viaje y me dice que ya va para la clínica.

Fede y yo nos dedicamos a lo mismo: somos odontólogos. Él terminó el máster de ortodoncia justo cuando yo empezaba el de periodoncia, nos conocimos en la Universidad Complutense de Madrid.

Tuve la suerte de que él maneja pasta. Bueno, más bien sus padres. Le delató el coche con el que me recogió el primer día que salimos a tomar algo: un pedazo de Mercedes CLA que olía a billetes.

Nada más terminar el máster, le pusieron su propia clínica dental, en la que trabajo actualmente gracias a él, a su confianza en mí y a nuestra amistad.

Como es habitual, le contesto con un mensaje de voz, lo que él llama un pódcast personal.

—De buen viaje nada, vaya mierda de día. ¿Recuerdas que he salido *escopeteá* de casa? Bien, pues no ha servido para nada. El tren de las narices se ha quedado parado y he llegado siete minutos tarde a la estación. Y claro, ¿el otro cómo iba a llevar un poquito de retraso por…? ¡Yo que sé! Una embarazada de parto o algo. No, tenía que salir a su hora, con todo el mundo dormidito, tranquilo y nadie peleándose con un revisor. ¿Tú lo ves normal? Yo te juro que a mí me ha mirado un tuerto o algo, porque yo ya no puedo más. —Suspiro—. Y encima cargando con la maleta esta, que parece que llevo una familia entera dentro de lo que pesa, es fea de narices y tiene una rueda medio rota. Porque claro, además no es mía. Es de la vecina de abajo, la señora esta mayor que nos trajo aguacates el otro día, ¿te acuerdas? Qué guacamole más rico nos salió, ¿eh? Tenemos que llevarle un *tupper* a la pobre con la maleta de vuelta, porque te juro que la voy a volear. —Suelto una risa amarga, porque otra cosa no puedo hacer—. Fede, de verdad, vaya mojón todo. ¿Ahora cómo le digo yo a mi madre que no llego? Con la ilusión que le hacía que comiéramos juntos. —Me quejo con un gemido lastimero—. Albóndigas había hecho… Joder, mi plato favorito. Con lo que me gustan. —Sollozo fingidamente intentando controlar el verdadero llanto.

»—Y no quiero escucharte decir: «¿Por qué no te has cogido un avión?» —imito su tono de voz—. ¿Tú sabes cuánto me sale un billete?

¡Casi 400 pavos! Pensaba que lo estaba mirando en *business* y era en la bodega, rodeada de maletas tan feas como la que tengo aquí. Claro, la otra alternativa que tengo es meterme en un zulo de seis ruedas, al que llaman autobús, durante ni más ni menos que diecisiete horas hasta Lisboa, por si me había quedado con ganas de hacer turismo, ¿sabes? Y luego de ahí a Cádiz. Manda huevos. Cuando quiera llegar, las bodas no son de plata, son de oro.

Niego con la cabeza mordiéndome el labio un instante, antes de seguir hablando:

—En fin, que no sé qué voy a hacer para llegar a tiempo a la boda, porque a ayudarles con los preparativos ya no llego ni de coña. Si yo tuviera por marido al de los anuncios de Nespresso, tendría un chófer personal. Pero como no es el caso, me tengo que joder en la parada del bus, esperando a que llegue para irme a casa a tirarme en la cama a llorar. No puedo creer que vaya a perderme las albóndigas y el horrible vestido de mi tía Puri. Mi madre va a tener que criticarlo sola. Por favor, señor Clooney, ven a rescatarme.

De repente, un coche blanco se para delante de mí. Me quedo mirándolo, esperanzada de que el actor salga de él para salvarme la vida, pero obviamente no es el caso. Salen dos chicos que vienen a poner un cartel en la marquesina.

—Bueno, eso, que luego te veo. Acuérdate de traer pan y…

Como si el universo hubiese decidido que ya se ha reído lo suficiente de mí, la sonriente cara de Antonio Lobato me mira desde el cartel. Ahí está mi señal. Mi George Clooney. Mi hombre de Nespresso.

—Espérate un momento, Fede.

Y ahí veo la solución. En un anuncio de una empresa de alquiler de coches.

02

DIEGO

ESTO ES RIDÍCULO.

La única vez que decido ir por mi cuenta al circuito tiene que salir mal. Buscaba unos días para mí solo, de desconexión, de fundirme con la carretera y despejar la mente. Parece que el universo se niega a darme un descanso.

Como esto sea una broma del programa *Inocente, inocente* por parte de mi representante, va a tener que buscar empleo y dientes nuevos.

Resulta que ha habido un pequeño problemita con mi reserva y parece ser que me he quedado sin coche. Así que aquí estoy, en un despacho amplio pero abarrotado de cosas, como un montón de papeles en la esquina del escritorio, muebles que no pegan unos con otros, varios diplomas y certificados colgados en la pared de forma irregular… Un poco caos.

Busqué una empresa de alquiler de coches sencilla y algo nueva, con la que no tuviera problemas y que me dieran un trato especial y así ahorrarme mucho lío. El dinero me daba bastante igual, pero este despacho caótico me da todos los indicios necesarios para corroborar por qué está siendo todo tan… desastroso.

No doy crédito cuando veo entrar en el despacho del encargado a una chica algo alterada, arrastrando una maleta de grandes dimensiones con un estampado floral un poco difícil de ver, algo rota y desteñida. La maleta, no ella. Aunque tampoco hay mucha diferencia.

—¡Tengo una reserva!

Es lo primero que dice nada más entrar arrasando en el cubículo. No voy a mentir, me he llevado un susto. Pequeño, pero un susto.

—¿Disculpe? —dice el encargado, igual de sorprendido que yo.

La chica se toma toda la libertad del mundo para sentarse en la silla contigua a la mía, dejando entre los dos el horrible muro de carga colorido.

—No me voy a poner a contarle mi día porque bastante prisa llevo, además de que es triste de narices. Bueno… más que triste, patético. Ese no es el caso. —Comienza a hablar gesticulando en exceso para mi gusto—. Resulta que el muchacho este que tenéis en la entrada me acaba de decir que mi reserva no es válida. ¿Cómo no va a serlo? Si lo pone aquí, mire.

Le planta el teléfono en la cara al encargado. Este se sobresalta y se echa un poco para atrás.

—Renault Clio de 2005 en color… —Gira la pantalla para leerlo—. Gris, eso.

Habla con un acento andaluz que cecea sin pudor, con esa cadencia que convierte cualquier protesta en algo casi musical. Podría estar echando pestes y, sin embargo, hay algo hipnótico en su forma de hablar. Aprovecho el momento en el que está explicándole al chico lo de su vehículo para observarla. Su pelo castaño lacio, pero con pequeñas ondas, le cae sobre la frente y el rostro, sus ojos verdes se abren conforme habla, sus labios se mueven a una velocidad casi inhumana. El tono de su piel es mucho más claro que el de la mía, y su tamaño también es bastante distinto al mío. Es

menuda, diría que no le saca mucha estatura a la maleta que la acompaña. Sus brazos delgados se mueven en un gesto enfadado y rápido delante de la cara del encargado. Un momento… ese modelo me suena.

—Señorita —habla él, con un tono amable y tranquilo—, estaré encantado de ayudarle en cuanto termine con este señor. —Me dedica una breve mirada, lo que hace que la histérica me mire también.

—Lo siento mucho, pero es muy urgente. ¿No me lo podría solucionar ahora? Solo tiene que confirmar la reserva y darme el coche, en menos de cinco minutos estoy fuera, se lo aseguro —dice esto último mirándome, dirigiéndose a mí.

Sus ojos impactan de lleno con los míos y la veo tan desesperada por salir de aquí, que termino asintiendo en dirección al encargado, cediéndole mi turno. No tengo tanta prisa por llegar a Jerez, la verdad. Lo cierto es que no tengo apenas ilusión por este Gran Premio. Sí, no deja de ser una carrera en casa, en mi país, pero el Diego que se emocionaba por correr desapareció hace mucho.

—¿Sería usted tan amable de darme sus datos para comprobar en el sistema que la reserva se ha efectuado correctamente?

Permanezco en silencio mientras le recita todos sus datos y ahí es cuando todo cambia por completo. Cuando me doy cuenta de que ese pequeño problemita con mi reserva es que nos han asignado el mismo vehículo.

—Lamento mucho el error… Es la primera vez que nos ocurre, se lo juro. —Se dirige tanto a mí como a ella—. El sistema ha fallado con su reserva, la de ambos. Hemos intentado solucionarlo, pero estamos hasta arriba estos días y no tenemos ni un solo coche más disponible.

Suelto una risa seca, como si esto fuera una broma de mal gusto.

—¿Cómo no van a tener más coches?

—Eso digo yo. —Me apoya la chica—. ¿Qué clase de empresa es esta?

—Lo lamento de veras, señor Rivas. —Se excusa el encargado—. Estamos verdaderamente desbordados… El vehículo que acaba de entrar está en muy malas condiciones y no podría entregárselo a alguien como usted en ese estado.

—Bien, pues dáselo a ella.

Mi lado egoísta sale a la luz cuando pronuncio esas palabras sin que pueda controlarlo. Bastante amable he sido ya cediéndole mi turno, como para cederle el vehículo que reservé hace una semana.

—¿Perdona? —Se gira para mirarme—. ¿Pretendes que me quede yo un coche hecho trizas porque sí? Yo alucino.

—Haber llegado antes —respondo, encogiendo los hombros en un gesto de indiferencia.

Vuelve a girar la cara hacia adelante y la veo cerrar los ojos y respirar hondo antes de volver a hablar:

—A ver, *guapito*, no sé quién te crees que eres, pero me importa bien poco que te quedes sin transporte a donde sea que vayas. Tengo un viaje importante, igual o más que el tuyo. Me da exactamente igual. —Aparta la vista de mí otra vez y la fija en el encargado—. Y usted, ya puede estar buscando una solución para esto, porque yo necesito estar en Jerez hoy mismo. He pagado mi reserva. No es mi culpa que esa basura de sistema haya fallado. Arregladlo.

Pongo los ojos en blanco y suelto un bufido.

—Encima con exigencias… —murmuro para mí.

—¿Qué has dicho?

Alzo la mirada y la dirijo a la suya. Sus ojos arden de ira, noto el fuego crepitar en sus ojos tono esmeralda. Está cabreada. Bien, yo también.

—Un poco de maleducada tu actitud, ¿no crees?

Abre mucho los ojos y entreabre los labios con una expresión de sorpresa. Su boca forma una perfecta «O» que me hace mirarla con una expresión seria y firme. No pienso ceder.

—Mira, pedazo de imbécil…

¡Vaya! Empezamos bien, con insultos. Desde luego, esta chica no sabe con quién está hablando. Nuestro inicio de discusión se ve interrumpido por el encargado, no sé bien si por suerte o por desgracia.

—Señorita Espinosa, disculpe, ¿ha dicho usted que se dirige a Jerez? ¿A la provincia de Cádiz?

Ella aparta los ojos de mí lentamente, fulminándome con la mirada antes de dirigir su atención al muchacho.

—Sí, ¿por qué? —contesta ella con un tono seco.

—¡Eso es maravilloso! —Frunzo el ceño, sin entender—. El señor Rivas también se dirige a Jerez, ¿verdad, señor? —Me limito a asentir y él da un par de palmas. No estoy entendiendo nada—. Estamos de suerte, entonces. —¿De suerte? Venga ya. Sonríe ampliamente y prosigue—: Pueden viajar juntos, al fin y al cabo, van al mismo destino.

—A ver… —Leo la placa con su nombre y vuelvo a mirarlo a la cara—. Sergio. ¿Puedo llamarte Sergio? —Este asiente entusiasmado y con la sonrisa en la cara aún—. Bien, pretendes que me suba a un coche y haga un viaje de unas siete horas con… —La observo de arriba abajo e inspiro fuerte. De nuevo nuestros ojos conectan, mi mirada se mantiene fija en la suya un instante antes de volver al gestor— esta desconocida.

—Era una sugerencia, señor. Por supuesto que le devolveríamos la mitad del importe a cada uno, puesto que solo están llevando un coche y...

—Y una mierda.

No sé cómo es posible que su voz haga eco en este despacho abarrotado de cosas. Vuelvo a mirarla. Sigue de pie a mi lado, y aun así no me saca muchos centímetros. Pues sí que es bajita. No sé cómo puede meter tanto carácter en tan poco cuerpo.

—No pienso ir con este tío a ningún lado. Es que me niego, vaya. Soluciónalo. No, ¿sabes qué? Quiero hablar con tu superior. De inmediato. No, mejor con el dueño. ¡No! ¡Mejor aún! ¡Voy a escribir una carta!

Se abalanza al escritorio y agarra unos folios en blanco, poniéndolos de un golpe seco en la mesa. Casi tira el cubilete donde están los bolígrafos intentando coger uno. Se pone a escribir mientras lee en voz alta. Madre mía…

—Querido señor… —Alza la vista—. ¿Cómo se llama tu jefe?

—Señorita Diana, estoy seguro de que podemos…

—¡He dicho que cómo se llama tu jefe!

Sergio da un pequeño bote cuando ella alza la voz y asiente, tembloroso. Joder, vaya humos.

—¿Sabes que las palomas mensajeras dejaron de utilizarse hace mucho tiempo?

La mirada que me dedica me hace gracia en parte. Me mira como si quisiera estrangularme y me obligo a mirar a Sergio de nuevo para no reírme más en su cara.

Siento lástima por el muchacho de inmediato, por lo que lo agarro del brazo en cuanto se levanta, frenándolo, y miro a la chica con una expresión seria.

—¿No hay ningún otro concesionario de camino en el que podamos disponer de otro vehículo? —pregunto.

—Podría preguntar, señor —habla Sergio, le tiembla hasta la voz. Pobrecito.

—Vale, pues haremos eso, ¿de acuerdo?

No sé por qué estoy haciendo esto. Supongo que soy demasiado empático. Aunque sea a veces. Además, me estoy sintiendo culpable por la actitud que está teniendo con él. Entiendo que pueda estar cabreada, pero no es culpa de este chico.

—Consíguenos otro coche lo más cerca posible. Me mandas la información a mi teléfono personal —digo mirándolo y los ojos le brillan, emocionados—. Y no te preocupes por el dinero. Pagaré lo que sea necesario para solucionar este incidente.

Sergio asiente y, tras disculparse, se apresura a salir del despacho y hacer una llamada.

—¿Tú eres tonto o te peinas con chorizos? —me espeta la chica pasados unos segundos.

¿Qué si me peino con qué?

—Encima de hacer mal su trabajo, quieres pagar de más. Claro, como el señorito tiene pasta pues nada. ¡A la aventura! Y aparte, ya te he dicho que no pienso ir contigo a ningún sitio.

Vuelve a hablar en un tono rápido que me dificulta entenderla en parte. ¿Cómo es posible que pueda articular palabra alguna a esa velocidad? Me pellizco el puente de la nariz antes de contestarle.

Señor, dame paciencia.

—Bien, tú decides. O te montas conmigo en ese maldito coche y te comportas, o te quedas en Madrid y te pierdes lo que sea que tengas allí.

¿En qué momento he decidido que es buena idea hacer un viaje de varias horas con esta tía?

Se pasa las manos por la cara y suspira. Observo sus manos cuando entierra los dedos en su pelo. Cuidadas y frágiles, pero a la vez firmes. El tono de su pelo destaca al contraste con su piel. Un marrón oscuro

frente a un pálido color crema. Me pilla mirándola fijamente, pero no aparto la vista.

—¿Vas a comportarte y a hacerme fácil el viaje?

Tampoco sé por qué le he dicho eso. Creo que me ha sentado demasiado mal su actitud con el pobre hombre.

Me fulmina con la mirada, poniéndome cara de asco. Mi paciencia está a punto de agotarse cuando Sergio regresa con una amplia sonrisa en la cara. Salvados por la campana. Estoy seguro de que íbamos a empezar otra discusión de nuevo. Y no estoy ya para aguantar mucho más.

—Tenemos buenas noticias. —Menos mal—. Hay un vehículo disponible en Cáceres. Mismo modelo, hasta el mismo color. —Vuelve a sonreír.

Bueno, podría ser peor.

—Estupendo. Muchas gracias, Sergio. Toma. —Saco mi cartera del bolsillo interior de mi chaqueta y cojo una de las tarjetas de contacto. Apunto mi número en la cara trasera y se la ofrezco—. Llámame o escríbeme con lo que sea, ¿de acuerdo?

Él asiente y la acepta encantado, sonriendo de oreja a oreja y con demasiado entusiasmo. Al menos le he alegrado el día en parte.

—¿Al final han decidido ir juntos?

—Sí.

—No —respondemos a la vez.

La desquiciada esta vuelve a mirarme con una expresión seria y le devuelvo la mirada. No sé cuánto tiempo dura nuestra lucha, pero no voy a ceder en absoluto. ¿Tengo prisa por llegar a Jerez? No, pero no voy a permitir que se salga con la suya, y más después del numerito que ha montado. ¿Es un poco precipitado hacer un viaje con una chica que no conozco de nada y que puede que me haga el trayecto

prácticamente imposible? Puede ser, pero me lo tomaré como una lección de algo que debo aprender en la vida.

Suelta un sonoro suspiro y asiente, rindiéndose, aceptando que es lo que hay.

—Sí, iremos juntos.